

ATENCIÓN A LOS PELIGROS DEL PROGRESO

Revista Project Syndicate

Escrito por: DARON ACEMOGLU¹

Puede consultar la versión original de este artículo [aquí](#)

La crisis del COVID-19 ha sido un recordatorio brutal de que, a pesar de toda nuestra riqueza y dominio tecnológico, todavía somos vulnerables a riesgos de proporciones catastróficas. Para garantizar la prosperidad futura, debemos adoptar una estrategia de crecimiento que coloque los riesgos colectivos al frente y al centro, en lugar de tratarlos como una ocurrencia tardía.

Siempre vale la pena recordar que en el gran barrido de la historia, nosotros somos los afortunados. La descripción de Thomas Hobbes de la vida como "solitaria, pobre, desagradable, brutal y breve" fue apta para la mayor parte de la historia humana. Ya no. Las hambrunas y el hambre se han vuelto más raras, el nivel de vida de la mayoría de las personas ha aumentado y la pobreza extrema se ha reducido sustancialmente en las últimas décadas. La esperanza de vida promedio al nacer, incluso en las partes menos saludables del mundo, es superior a los 60 años, mientras que una persona británica nacida en la década de 1820 habría esperado vivir alrededor de los 40.

Pero estas fantásticas mejoras han ido acompañadas de riesgos catastróficos. Incluso si el COVID-19 nos ha sacado de nuestra complacencia, todavía tenemos que lidiar con algunos peligros.

Las mejoras de los últimos 200 años son el fruto de la industrialización, que fue posible gracias a nuestra adquisición de conocimientos y dominio de la tecnología. Pero este proceso implicó compensaciones. Impulsados por el deseo de riqueza, las empresas y los gobiernos buscaron reducir costos e impulsar la productividad y las ganancias, lo que provocó trastornos que en ocasiones dejaron a cientos de millones de personas empobrecidas y desempleadas.

Durante décadas, los trabajadores de las minas y fábricas fueron brutalmente coaccionados para obtener cada vez más producción, hasta que lograron organizarse y asegurarse algo de poder político para ellos. Y, por supuesto, la era industrial temprana alentó la esclavitud y la búsqueda de acceso a los recursos naturales, lo que condujo a guerras masivas y formas brutales de dominio imperialista.

¹ Economista turco actualmente reside en Estados Unidos, donde es profesor de Economía en el Instituto Tecnológico de Massachusetts y ganador de la Medalla John Bates Clark en 2005. Es uno de los 10 economistas más citados del mundo

Estos excesos no fueron una aberración ni fueron inevitables. Desde entonces, muchos han sido corregidos mediante la economía de mercado, las reformas de las relaciones laborales, la regulación estatal y nuevas instituciones (a menudo democráticas). Pero aún no se han abordado otras consecuencias importantes no deseadas de la industrialización, porque no surgió un electorado político organizado para abordarlas. La preocupación más apremiante son los riesgos globales catastróficos, el más obvio es el cambio climático antropogénico, un excelente ejemplo de cómo un proceso de enriquecimiento puede crear una amenaza existencial.

Un segundo problema, algo relacionado, es la pérdida de biodiversidad. La tasa estimada de extinción de especies en la actualidad es de 100 a 1000 veces mayor que la de la era preindustrial, sin embargo, todavía hay muy poco reconocimiento de los riesgos creados por una desestabilización tan radical de la naturaleza.

El tercer riesgo global es la guerra nuclear. La división del átomo ejemplifica tanto nuestro dominio sobre la naturaleza como el potencial de un profundo uso indebido de la ciencia y la tecnología. Aunque la tecnología nuclear tiene muchas aplicaciones pacíficas (y puede tener un papel a corto plazo que desempeñar para abordar el cambio climático), su consecuencia más importante ha sido inaugurar una era de destrucción mutua asegurada. Al igual que ocurre con el cambio climático y la pérdida de biodiversidad, todavía no apreciamos los riesgos que la tecnología nuclear plantea para la humanidad; de hecho, los países que tienen arsenales nucleares ahora los están reconstruyendo y expandiendo.

Un cuarto riesgo importante es la inteligencia artificial, que podría conducir a tecnologías que no podemos controlar. Además del riesgo de que los algoritmos superinteligentes acaben con la humanidad, la IA también tiene el potencial de ser desplegada como un instrumento de vigilancia y represión, allanando el camino hacia un nuevo tipo de servidumbre, y los gobiernos ya están desarrollando inteligencia artificial y armas autónomas que podrían usarse para todo tipo de usos nefastos, especialmente si terminan en las manos equivocadas.

Aunque nadie puede negar estos riesgos, el primer instinto de la mayoría de la gente es descartar drásticamente la probabilidad de un escenario catastrófico. Pero esto está equivocado. Durante el siglo XX, el mundo estuvo cerca de una guerra nuclear en múltiples ocasiones. Debido a que tuvimos suerte, ahora asumimos retrospectivamente que el riesgo nunca fue tan alto como parecía.

Pero considere el escenario contrafactual. ¿Dónde estaríamos hoy si la guerra nuclear total no hubiera sido evitada por las acciones de Vasili Alexandrovich Arkhipov, un segundo capitán solitario que, en el apogeo de la crisis de los misiles cubanos, instó a la moderación cuando los otros comandantes a bordo de su submarino nuclear soviético B-59 creyeron erróneamente que estaban siendo atacados por Estados Unidos? Ciertamente, no estaríamos leyendo libros sobre la supuesta disminución de la violencia a lo largo del tiempo.

Por otro lado, quienes reconocen los peligros que plantean el cambio climático y la IA con demasiada frecuencia llegan a la conclusión de que el problema es el crecimiento económico en sí. Argumentan que reducir las emisiones, preservar la naturaleza y prevenir el uso indebido de la tecnología requiere una desaceleración o reversión de la producción, la inversión y la innovación.

Pero apartarse del crecimiento y el progreso tecnológico no es realista ni aconsejable. El mundo todavía está muy lejos de acabar con la pobreza, y lo que más necesitan las personas de los países ricos y pobres en este momento son buenos trabajos que aprovechen la tecnología en beneficio de los propios trabajadores. Sin un empleo seguro y un crecimiento de los ingresos, el presidente de Estados Unidos, Donald Trump, y el primer ministro británico, Boris Johnson, no serán los últimos demagogos de derecha que amenacen a las democracias establecidas.

La única opción responsable es forjar una nueva estrategia de crecimiento que enfatice el tipo de innovación tecnológica necesaria para abordar las amenazas globales. El objetivo debería ser crear un entorno regulatorio que aliente a las empresas y empresarios a desarrollar las tecnologías que realmente necesitamos, en lugar de aquellas que simplemente aumentan las ganancias y la participación de mercado para unos pocos. Y, por supuesto, necesitamos un enfoque mucho mayor en la prosperidad compartida, para no repetir los errores de las últimas cuatro décadas, cuando el crecimiento se desvincula de la experiencia vivida por la mayoría de las personas (al menos en el mundo anglosajón).

Aunque nuestro historial en la lucha contra el cambio climático es deficiente, podemos aceptar el hecho de que las formas de energía renovable que antes eran costosas ahora son competitivas con los combustibles fósiles. Esto no sucedió porque le dimos la espalda a la tecnología. Más bien, es el resultado de los avances tecnológicos provocados por una economía de mercado regulada en la que las empresas respondieron a los precios del carbono (especialmente en Europa), los subsidios y la demanda de los consumidores.

La misma receta puede funcionar contra otros riesgos catastróficos. El primer paso es reconocer que estos riesgos son reales. Solo entonces podremos continuar con la tarea de construir mejores instituciones y volver a empoderar al estado para dar forma a los resultados del mercado teniendo en cuenta los intereses compartidos de la humanidad.